

ro cuando no obtiene el culto de latria procura siquiera que Dios tampoco sea amado y adorado por los hombres, y para esto pone medios poderosos, y con grande perspicacia, sabe escoger, en cada época, en cada pueblo, en cada nación, lo que es más á propósito para pervertir al hombre. El mal, semilla de pecados, lo sabe sembrar para que produzca los frutos que sean las ofrendas que se le ofrezcan, como á Dios se le ofrecen las obras buenas. Si á Nuestro Señor le complace el culto público, se satisface y es elementísimo por la penitencia pública; el Diablo se afana por procurar que los pecados sean públicos, que haya escándalo y que la muchedumbre ofenda á Dios á la luz del medio día.

Siempre ha sido el grande anhelo del espíritu del malvado ser adorado con nombres diferentes y bajo diversas manifestaciones, y ha obligado á sus adeptos á ofrecerle sacrificios y á dar culto á las pasiones y vicios, y esta ofensa universal inferida por el género humano á la Majestad del gran Dios, ha sido tan grata, diré aunque parezca impropia la palabra, al supremo infeliz, como lo es en la presente época, la pseudo-sabiduría que tanto ensoberbece á los que adoran á la materia que suponen eterna. Si fuera posible que Satanás gozara en su eterna condenación, habrían sido en su horrible malignidad sus dos mayores complacencias: el paganismo, que pervirtió al entendimiento humano respecto del conocimiento de Dios, único Señor de todo el Universo, y el materialismo con el racionalismo, que impelen á negar al mismo Dios. Mas no; nunca ha gozado ni gozará el malvado, y tanto ha de sufrir si su sacerdote le ofrece en el altar de Huitzilopoztli el corazón de la víctima humana, como le atormenta horriblemente que el ministro del Señor eleve la hostia consagrada; no le consuela la superstición y el error, ni alivian sus penas las blasfemias de los impíos, y tanto prorrumpe en maldiciones si la Iglesia pronuncia los dogmas de la fe y canta los laudes en honor del Creador, como cuando la falsa ciencia afirma que nada es sobrenatural.

El afán del enemigo es uniformar en un solo pensamiento á los rebeldes, para que todos crean que no hay Dios, para que la iniquidad se desborde; mas no siéndole posible conseguir que la noción de Dios se borre de la razón humana, hace porque el hombre juzgue á Dios de manera que no le tema, para que así sea más fácil la comisión

de los pecados y tienta el Diablo á los deistas de diferentes maneras, para hacer caer en errores que alucinan fuertemente y así poder ser arraigados. Por eso hay sabios que con falsa y repugnante humildad consideran á Dios completamente ageno á lo que pasa en nuestro planeta, y esta suposición es común á toda esa clase de admiradores de la inmensidad del espacio, del volúmen y masa de los astros, de los millones de años que tienen de existencia, y ven con hipócrita modestia el punto imperceptible en el infinito y entonces les parece ofender á Dios el creer que tanto se haya interesado por nosotros, cuando hay tales grandezas en el Universo! Satanás sabe que la Providencia de Dios tiene presentes todas las cosas, sin olvidar las que ni por el microscopio pueda percibir el ojo; pero quiere que el hombre blasfeme, y por eso le aturde, para que se una á él para insultar al Señor. Siendo imposible que Dios se olvide del número de los astros, ni del de los átomos que componen un microbio, Satanás y sus diablos quisieran que un momento el Señor se olvidara de ellos. Hay otros sabios que no admiten que haya infierno, ni purgatorio. La purificación de las almas se va haciendo en las reencarnaciones, y el espiritismo, les alucina, y son engañados por los demonios que, burlándose de ellos, los alejan de la Religión de Cristo Nuestro Señor.

Principalmente dos de los beneficios hechos al hombre enfurecen á Satanás: 1º, el haberle formado Dios á su imagen y semejanza, y 2º, que el Verbo, Hijo de Dios, encarnara para redimir al género humano. Por tales beneficios gratuitos, la infernal malicia se ha dedicado á envenenar á la especie humana con ponzoña de ingratitud y con ponzoña de soberbia. El hombre con su falsa ciencia cree se basta para sí mismo; el hombre, con su orgullo, cree que la conformación de su cerebro es la causa de la civilización y del progreso. No hay Teología por ser uno de los capítulos de la Mitología; no hay Metafísica porque no hay ciencia de lo que no existe. No hay más que Ciencia positiva, no hay más que Dios Humanidad!

El odio que Lucifer tiene contra Dios es aunque inmenso, inerte, pues en nada le perjudica, y como el ahinco del enemigo es vengarse, acumula toda la fuerza de su odiosa envidia sobre el hombre, justo, ó malo é ingrato. Le atormenta y le excita esa clemencia que tiene Dios con su pobre criatura, y que él, infeliz, no quiso pedir; por esto

es tanta su saña, tanto su celo, para que el objeto de su odio se le parezca en el pecado; por esto deslumbra á los infelices sabios, para que no alcancen perdón, haciéndoles creer que la ciencia que poseen es la que les abre los ojos para que no crean en lo que la verdadera Religión manda creer, engañándose con que los dogmas y misterios de fe son contrarios á los principios de la ciencia; ¡la ciencia humana en frente de Dios, es el segundo capítulo de la historia de Luzbel comparándose con Dios! El Demonio engañando al hombre por medio de la ciencia, ha conseguido más, que engañándole por medio del paganismo. El Demonio, engañando al hombre por medio de la ciencia, hace que el desdichado haga con Dios, lo que él hizo después de haber sido creado con las altísimas cualidades de ángel superior, ser ingrato!

No se puede negar que un hombre sabio, lleno de inteligencia, con entendimiento privilegiado, casi no ignora nada en el estado actual de los conocimientos; pero increíble y materialista, desconoce lo que más le importa saber: que Dios es su creador y maestro; que todo lo que es, á El se lo debe; no concediendo más que al poder de su razón lo que es, hace lo que el Diablo, se pone enfrente de Dios para compararse con El. Así el sabio, el filósofo, esta íntimamente engreído, creyendo que la razón sola, sin auxilio que venga de lo alto, es capaz de profundizar los misterios de la ciencia, y lo que no le es posible lograr, ni alcanzar á entender, ni explicar, no es motivo para humillarle, porque ignora ó desprecia la verdad de que Dios, por muchas razones, se reserva una gran parte de esos misterios, que la ciencia no puede llegar á conocer.

Qué cosa es el globo que habitamos, lo sabemos; hemos llegado á conocer la naturaleza de los numerosos astros que no bastan para llenar la inmensidad del espacio. Las leyes que rigen á esos ejércitos esparcidos en el infinito, no son ignoradas por un ser tan insignificante en cuanto á su tamaño; pero este ser que siente su pequeñez y sabe que es una partícula de la inconmensurable cantidad de materia contenida en el universo, se considera superior, porque su capacidad para abarcar y entender una suma considerable de conocimientos é inventos, casi incesantemente hace del hombre que sea si no omnipotente, sí poderosísimo. Hoy ya dispone á su antojo de la energía; separa de un conjunto los simples y con el limitado número de

elementos que le suministra la naturaleza, cría y multiplica cuerpos, evapora el diamante, solidifica el aire y los gases, analiza una nebulosa por medio de su espectro, cuenta los millones de leguas que separan el astro más lejano que alcanza á ver con el mayor telescopio; con el microscopio ve y mide el más pequeño microbio; lo oculto tras de la opacidad de un cuerpo se lo revelan los rayos X. Lo que sabe y puede hacer, lo conocen los físicos, los químicos, los astrónomos, los ingenieros, los médicos..... Pero ningún hombre sabría lo que es, á qué vino á la tierra, por qué se va, si se atuviera á lo que le pudieran decir las ciencias naturales. ¿Es una confederación de celdillas vivas? ¿Vino para servir al sostenimiento del equilibrio de la naturaleza en el movimiento de las continuas composiciones y descomposiciones? ¿Se va, porque ya gastado y agotado no puede hacer más, ni servir, y debe devolver al seno de la tierra lo que le prestó la naturaleza? Pero entonces: ¿qué necesidad habría de dotar al hombre de un entendimiento tan noble? Sin Dios y sin alma, le habrían bastado unas cuantas celdillas nerviosas dentro del cráneo y en el hueco de la espina, que le impulsaran para ir á comer y ejercer las demás funciones animales, con cuyos actos cumpliría para mantener las proporciones de los elementos en la tierra y en los medios ambientes, ayudado por actos análogos á los de los demás seres organizados. La inteligencia, el pensamiento, en suma, las facultades mentales del hombre de nada sirven para que el pez, el ave, etc., satisfagan sus necesidades en los medios que les rodean, ¿qué se propuso la naturaleza al dotar al hombre con la razón? La ciencia sola, no puede dar una respuesta categórica si desdeña la noción de la creación, y la de la necesidad de que ésta, además de la gloria del Creador que le reporta por su obra, haya sido en provecho de un ser que supiera gozar y comprender: es decir, un ser dotado de alma racional.

La ciencia que confiesa á Dios contesta con firmeza á las preguntas que no puede responder el materialismo. ¿Quién es el hombre? Es hijo de Dios. ¿Para qué viene? Viene á merecer. ¿Por qué se va? Porque se va á recibir lo que ha ganado en el trabajo que ha tenido durante su peregrinación. Como criatura de Dios, tiene el deber de unir su voz á los cantos entonados por la Naturaleza que alaba á su Creador. En las admirables lumbreras del firmamento existen bellezas incomprensibles para quien no puede con la

simple vista percibir las; mas nos extasiamos con todo lo que está cerca de nosotros, al contemplar la inmejorable disposición de cada una de las cosas que nos rodean. Todo, todo lo que vemos, nos convida á pensar en la Causa primera. Hay maravillas que se suceden á las maravillas, todas las cuales son de belleza, de bondad, de utilidad. Cada cosa es relativamente necesaria, cada una es útil. Quien por necesidad, quien por curiosidad recorre las campiñas, uno y otro encontrarán satisfechos sus deseos al fin de la jornada. El anatómico, enfrente del cadáver estudiando los órganos; el histologista, armado con el microscopio penetrando en la intimidad de los tejidos; el bacteriologista estudiando y clasificando los microbios; el que se sumerge en las profundidades del océano; el que paseando goza con la variedad de colores que se esparcen en la pradera: el verde de la grama, el dorado de las espigas, el oscuro y apacible matiz de los troncos seculares, cubiertos con el terciopelo del musgo..... Si se acerca á las flores, goza tanto el botánico contemplando los bellísimos lechos nupciales de los estambres y de los pistillos y aspira con placer el suavísimo olor de la violeta, la sabrosa exhalación del clavel y el riquísimo aroma de la rosa; si otro busca lo útil y lo agradable, encuentra la canela, y el clavo, y la pimienta, descortezará la quina, desenterrará la jalapa. Al fin del día, después de segar las doradas mieses, dará gracias á la Providencia el agricultor, y gustando las dulcísimas uvas, cantará el vendimiador separando los cargados racimos. El que no busca los minerales que quieren por sus colores competir en belleza con las flores, la esmeralda, el zafiro, el rubí, el topacio, el ametista y el riquísimo diamante: encuentra los metales que lo enriquecerán ó que le ayudarán en las labores de la agricultura y de la industria. En suma, todo aquel que por cualquier motivo tenga que estudiar á la Naturaleza, tiene que confesar que todas las cosas fueron hechas con gran sabiduría y que cada especie es un canto del gran poema á Dios que declama la Naturaleza en alabanza de su Autor, iluminada por la luz que emiten las incontables lumbreras esparcidas en el firmamento, inspirada por la majestuosa extensión de los mares; la belleza de los prados, la hermosura de las nubes, que truenan y fulminan derramando la lluvia y el granizo; David ordenaba al agua, al aire, al fuego, á la tierra, alabar al Señor; en cada cosa lee el filósofo el laudo que

ella entona en loor de Dios, y aun ese científico que niega al mismo Dios, canta aunque no quiera, al unísono de la Naturaleza, las excelencias del Padre de todas las criaturas y del Dispensador de todos los bienes. El hombre debe ser, porque es el que más ha recibido, la primera criatura que cante en la tierra ese *Te Deum laudamus*, que incessantemente entona esta pequeníssima esfera al unísono de los himnos que canta el ejército que luce en el infinito. Y que haya ¡Dios sabio y bueno! pseudo filósofos que desdeñen resistir al más sublime trozo de tu gran poema, la formación del hombre y su animación por el soplo divino!!!

CAPÍTULO III.

Las ciencias exactas no han podido explicar muchos misterios que se encuentran en las cosas y en los fenómenos de la Naturaleza. Dios quiere que esto suceda para que el hombre reconozca su inferioridad respecto de El.

Las ciencias naturales interpretan cuando son cultivadas por fieles y creyentes sabios, las alabanzas que todas las criaturas elevan al Señor, soberano dueño del universo, Criador, como dice el Símbolo, de todas las cosas visibles é invisibles, y no obstante que dichas ciencias se honran con el calificativo de exactas, tienen que someterse á la humillación de no poder entender, y por tanto, explicar, los verdaderos misterios que hay en varias cosas y en muchos de los fenómenos que ellos estudian. Y entre tantos hechos de naturaleza oculta, citaré los siguientes que no comprenden los sabios, y que por otra parte, quedan satisfechos con exponerlos, desentendiéndose de considerarlos como misterios: la ley de la gravitación universal, nos hace comprender el orden admirable é inalterable del movimiento impreso á la multitud de los ejércitos de los astros en el espacio. ¿Sabe alguno, se ha explicado cómo, cuándo y por qué, empezó el impulso que movió la inmen-